

Basura Mental (de mi mente al papel, sin autocensura)

Andrea Iluscrito



Image not found.

Capítulo 1

He estado pensando qué pasaría si escribo sin saber qué voy a escribir. Claro que sé lo que voy a escribir: antes de exteriorizar estas palabras han tenido que pasar por mi cerebro segundos o, al menos, milésimas de segundo antes. Pero me refiero a que no se trate de algo premeditado, calculado y planeado, porque así es gran parte de mi tiempo, y pocas cosas me saben mejor que rebelarme contra el sentido de lo que suelo hacer normalmente de forma sistemática.

Al fin y al cabo, para eso es para lo que nos preparamos desde que nacemos: para saber cómo reaccionar ante cualquier situación de la vida, ¿no? Que nada te pille por sorpresa. Tú eres más inteligente que las circunstancias. Ten el control de la situación.

Hoy me rindo ante la improvisación, ante la intuición y el no saber escribir.

Porque, como leí una vez, «Todos somos muy listos si tenemos todo el tiempo del mundo para pensar, de entre todas, la mejor respuesta posible». Supongo que no era exactamente así (o quizás sí, y mi memoria es increíblemente superior a mi inteligencia) pero básicamente, sigue entendiéndose el mensaje.

Pues según esa idea, yo, como todos, sería muy lista... pero también la persona que más tiempo ha dedicado a pensar esa acertada respuesta, lo que me convertiría, proporcionalmente, en la más tonta.

¿Alguna vez alguien ha dicho que pensar mucho es inteligente? Porque no es por ser modesta, pero le estamparía la cara contra el suelo con mucho gusto... en mi mente, claro está. No nos salgamos del mundo de la ideas, que es donde se desenvuelven excesivamente bien los tontos como yo.

A veces me saturó ante la cantidad de ideas que se arremolinan en mi cerebro y, quizás ingenuamente, pienso que con actos como éste consigo hacer una especie de criba, cortar las malas hierbas, limpiar en profundidad y alcanzar, al final, tras mucho esfuerzo, la tranquilidad.

Hablando de limpieza en profundidad, tengo que limpiar mi piso, y en su lugar me estoy dedicando a escribir algo que no sirve para nada; porque ni es una criba, ni estoy cortando malas hierbas, y desde luego que no estoy despejando el fregadero que tengo a cuatro metros de los platos sucios que se han acumulado durante más de una semana.

Y de repente, ahora mismo, he tenido una idea. Oye, ciertamente esto parece algo premeditado pero no lo es. Acaba de ocurrir. Y sí, este texto (no lo negaré) es, en esencia, inútil. Sin embargo, si al menos ha servido para llegar a esta conclusión que me acaba de asaltar, no me sentiré mal por haber "desperdiciado" este rato porque entonces no habrá sido realmente un desperdicio.

Estoy escribiendo una novela. Bueno, no realmente. Ese es el problema. Cada vez que intento escribirla, necesito tener el control. Debo saber todo lo que pasará. ¿Por qué? Creo que ya lo he dicho antes: no soy precisamente una de las personas más inteligentes de este mundo y sí, necesito mucho tiempo para pensar la mejor respuesta posible para cada situación. Y quizá he empezado a escribir esto como una reacción espontánea hacia mi incapacidad de seguir adelante.

Es muy frecuente en mí sentir que no me explico bien. Y en estos momentos, creo que estoy consiguiendo un nuevo récord.

Bueno, simplificando, lo que quiero decir es que aunque este texto ha comenzado sin ninguna pretensión (de hecho esa era la única intención, que fuera un texto sin intenciones) creo que ha acabado funcionando como un mecanismo de autoayuda para mi actual incapacidad para escribir dicha novela.

¿Y cómo es eso? He llegado a esa conclusión porque creo que escritos como este, escritos donde no pretendo nada ni tengo que haber planeado ninguna trama de antemano y donde son ellos, prácticamente, los que me llevan a mí al desenlace (y no al revés) son los que me van a ayudar con mi fluidez a la hora de expresarme y los que facilitarán que quizás en un futuro me sienta cómoda escribiendo aunque no sepa qué pasará a continuación (algo que por ahora me resulta imposible).

¡De acuerdo!, probaré a llevar esto a cabo como método de entrenamiento. Y hablaré de lo que sea, de todo lo que se me ocurra! Pero tendré cuidado. No quiero ser la autora de la próxima mayor colección enciclopédica de basura mental.

Capítulo 2

Ahora mismo estoy luchando por no escribir aquí cosas que han venido a mi mente no ahora, sino horas e incluso días atrás. ¿Por qué «luchando»? Como ya he dicho, la razón es que me he propuesto no plasmar aquí nada que no piense en el momento. Es decir, ahora mismo.

Yo ya veía esto venir, lógicamente.

¿Cómo es posible que yo haya comenzado una «tarea» que quiero que siga en un futuro, pero no pensar y planear frecuentemente en cómo haré esa tarea? Siendo como soy, obviamente eso es imposible. Pero no voy a volver a explicar ese problema y las razones de su naturaleza; ya he hablado de eso antes. Es algo que suelo hacer, repetir las cosas muchas veces. ¿El motivo? Pienso que no me he explicado bien, así que las repito. Ya, ya lo sé; muy inteligente por mi parte...

...NO.

Me recuerda a cuando un extranjero se te acerca y te pregunta algo en inglés, por ejemplo, «Where can I take the bus?» pero tú no tienes ni idea de inglés y le dices «Tiene que ir hasta la parada uno», entonces te mira con cara de incógnita y le repites «A-LA-PA-RA-DA-U-NO» No hay respuesta. Y repites: «¡A LA UNO!»

Que no. Que no te entiende. ¡NO HABLA ESPAÑOL!

Ahí el ignorante no es él por no entenderte. Eres tú por ser imbécil. Sí, admítelo, un poco imbécil sí que eres. Bueno, en este caso, yo. Y un poco arrogante y cobarde también por atreverme a hablar en segunda persona.

¿Pero qué es esto, qué importancia tiene si no puedo escribir lo que me plazca, se me ocurra ahora o no? (espera, quizá estoy a punto de desmoronar el objetivo de estos escritos, espera un momento, no nos precipitemos...) No, en serio, ¿qué es esto si tengo que cohibirme por no poder expresar una idea (una idea que, es cierto, quizá he tenido no ahora, sino hace un día, pero ¿acaso no la estoy teniendo ahora también?). Una idea que necesita ser igual de vomitada que las que surgen en estos instantes o incluso más.

Porque sí, la finalidad de que escriba esto está en dejar volar la mente, y ahí entra todo lo que quiera escribir ahora. ¡TODO! Y me da la gana de

escribir eso. Es así de sencillo. Así que allá voy.

Y es que fue inevitable cuando comencé a escribir esto que me acordara de una serie de textos que subí a un blog hace ocho años. En un intento de autoanálisis he estado pensando si, quizá subconscientemente, no pretendo lo mismo que pretendía entonces. ¿Y qué pretendía entonces? Pretendía, en pocas palabras, algo así como «cambiar el mundo». Sí, suena a estupidez superior. Lo sé, al fin y al cabo, era yo. Y no era excesivamente diferente a la ignorante que soy ahora (aunque sí muy diferente, eso está claro) A lo mejor no cambiar el mundo, pero sí hacer pensar a algunas mentes. ¡Qué idea tan vanidosa, por favor! ¿Quién soy yo para modificar mentes? No sólo para modificar mentes, sino para proponérmelo intencionadamente. En serio, tengo que reírme.

Claro que mi primer pensamiento automático es «Dios mío, yo ya no soy así, claro que esto no lo estoy haciendo por la misma finalidad. Esto de hecho apenas si tiene una sola finalidad, y es ayudarme a mí misma». Sí, así es, pero desde hace un tiempo tengo la costumbre de cuestionarme muchas veces a mí misma, aun cuando sé por qué hago las cosas. Suena como a persona madura, ¿verdad? a decisiones de una persona sabia.

Tengo que reírme otra vez.

A veces cuestionarte las cosas está bien, es adecuado. Pero cuando tienes esa costumbre tan arraigada, se vuelve casi tan automático como no hacerlo, y entonces empiezas cuestionándote qué quieres hacer con tu vida y al cabo de un cuarto de hora estás zambullida en el gran misterio de por qué te lavas los dientes de arriba a abajo y no de lado a lado («¿Tendrá alguna razón en particular? ¿Lo hago por algo concreto aunque no sea consciente de ello?») Y entonces me doy cuenta de por qué he titulado así esta serie de escritos.

Capítulo 3

Es la primera vez que escribo un texto tan extenso en el móvil. Sí, estoy escribiendo esto en el móvil. ¿Y porqué habría de ser eso algo destacable? Bueno, empezaré diciendo que no soy muy dada a las nuevas tecnologías. Sí, es verdad, formo parte de la joven generación que ha vivido la llegada de Internet, los móviles y el 3D (por poner sólo algunos ejemplos) en su adolescencia, y que por lo tanto se ha acostumbrado perfectamente a estos cambiantes y modernos dispositivos. Sin embargo yo, por algún motivo, nunca me he llegado a sentir cómoda con todo esto.

Por cierto, cada vez que menciono algo raro de mi persona me siento algo mal, pareciera que lo que pretendo decir es que yo soy mejor, que por ser una excepción a la regla general soy superior. Y me siento estúpida, iporque no me debería sentir mal por lo que pueda parecer! No, no me creo especial en el buen sentido de la palabra. No, no me siento orgullosa de ser así, al contrario.

Quiero saber escribir en una pantalla táctil con más dedos. Quiero poder decir que soy ilustradora y diseñadora gráfica sin tener que avergonzarme porque no sé usar una tableta gráfica. Tampoco sabía que en mi ordenador vivía una inteligencia artificial llamada Cortena (o algo así... como se diga. Me enteré el otro día porque alguien me lo dijo; alguien de mi edad que lógicamente sí se ha adaptado a estas cosas). Le puedo preguntar cuánta gente murió en el holocausto nazi y la tal Cortana me lo dice. Ahí lo llevas.

Y yo, ignorante de todo, me refugio en conocimiento que está ahora disponible, pero que igualmente lo estaba hace un siglo. Y entonces pienso: «¿Ambos conocimientos son igual de importantes, el antiguo y el nuevo? ¿O puede ser que la mayoría de las cosas que están surgiendo ahora son prescindibles y sólo favorecen la subnormalidad?»

Y no importa. Sea como sea, quiero saberlo. ¡Quiero saberlo todo! El conocimiento es lo único que te da poder, aunque luego te sirva para poder mandar lo que has aprendido a la mierda porque sólo sirve para ser más subnormal.

Quiero saber en qué mundo vivo, aunque sólo me sirva para saber que no quiero vivir en él.

Capítulo 4

¿Es que acaso no le pasa a todo el mundo? Me pregunto si los demás no sienten esta necesidad (y ya empiezo mal, porque, admitámoslo, ¿a quién le importa? A mí no, ¿pero entonces por qué me lo pregunto? Estoy segura de que no me importa, en serio), esta necesidad de pegarle un puñetazo a alguien aunque sea sin motivo alguno, de meterse una mano en el cerebro, coger un manojo de pensamientos sobrantes (aunque con una mano no logres coger ni el 1%, pero al menos es algo) y dejarlo fuera para siempre, esta necesidad de querer que pare todo sin saber si quieres que vuelva a girar, de coger la cabeza de alguien (quien sea) entre las manos y agitarla muy fuerte mientras le espetas en toda la cara: "¿Pero qué mierda te pasa? ¡Dímelo, quiero saberlo! ¡Di algo con sentido aunque sólo sea una vez!".

Y aun haciendo todo eso, seguro que algo falta, algo me seguiría descuadrando. Y creo que ese algo es algo ineludible, inevitable. Ese algo existe sólo por el hecho de que yo exista en este mundo.

Capítulo 5

¿Y por qué está mal? ¿Lo está? ¿Realmente está mal estar lleno/a de contradicciones? Ser una contradicción en sí misma, de hecho. Una contradicción llena de contradicciones. No ser más que contradicciones, quizá.

¿Quién dijo que estuviera mal en primer lugar?

«Te estás contradiciendo». «Eso que has dicho es una contradicción».

¡Pero si el mundo ya es una contradicción!

¿Acaso tengo que ser mejor que el mundo? ¿Tengo que ser algo que no es así? ¿que no es real?

Las contradicciones están ahí, son reales. ¿Debo yo ser una mentira? ¿No tiene sentido que sea un reflejo de todas las contradicciones de este mundo? ¿No tiene sentido que yo misma forme parte de todo lo que me rodea? Y lo que me rodea son contradicciones, oh sí, no te quepa duda alguna.

Pero se me pide perfección, coherencia y sentido en un mundo imperfecto, incoherente y, desde luego, sin sentido. Por supuesto que sin sentido.

Capítulo 6

Hay gente que no cree que exista la felicidad. Si eres una de esas personas, creo que deberías morir. Deliberadamente. Suicídase, por favor. ¿Por qué vives si no es por la idea de ser feliz? Si hay algo que respeto es que cada uno viva por sus propias razones, y eso es algo que puedo asegurar. Sin embargo, aunque cada uno lo pueda llevar a cabo de una manera o de otra, la finalidad de todos es la misma: ser feliz. Nadie puede negar ese hecho. Te lo tomes como una meta, como un camino, como hechos esporádicos en tu vida o como sea, pero tú quieres ser feliz. Quieres ser feliz pero estás convencido de que la felicidad no existe... Suicídase, pues. ¿Qué sentido tiene que sigas viviendo si piensas firmemente que nunca, jamás, vas a conseguir lo que deseas? ¿Simplemente estás matando el tiempo? Bueno, todos sabemos que el tiempo te está matando a ti. No hace falta que esperes a que llegue el momento. Ya sabes que no vas a conocer la felicidad hasta que acontezca. No existe tal cosa. Ahórrate todos esos años mediocres de conformismo y vacío. Muere.

Es sólo un consejo. Sin acritud.

Porque aquel que niega la felicidad y considera que hemos de conformarnos con un sentimiento inferior de alegría e insípido bienestar (porque, según esa persona, es lo único que hay) está declarando paradójicamente que sí hay algo mayor a lo que no podemos aspirar. Mientras lo niega está, al mismo tiempo, aceptando su naturaleza. Es como si dijera: «No creo en el número 10. Creo que todo termina en el 9». No, no y no. Estás aceptando la existencia del número 10 simplemente con esa afirmación. Lo que quiere decir que consideras la existencia de la felicidad, pero tu visión de las cosas y tu experiencia te obliga a parar en el 9. A conformarte con lo que no te hace feliz porque prefieres decirle a los demás que tu ya estás arriba de lo más arriba. Nadie puede ser más feliz que tú. «No existe el 10», prefieres decir, «No existe la felicidad». La gente te habla del 10, pero tú no lo conoces. «Sí, claro -dices- la gente menciona mucho de ese tal 10 porque quieren sentirse superiores, pero te digo yo a ti que ese número no existe».

Claro que no será la única persona a la que se le haya ocurrido esta paradoja (aplicable a muchos otros conceptos) ni muchísimo menos. Voy a recordar aquí que sólo escribo lo que se me ocurre y pasa por mi cabeza, no pretendo que esto sea ninguna novedad.

Simplemente, si estás seguro/a de que la felicidad no existe, muere. Te harás un gran favor.

Capítulo 7

¿Por qué activa algo en nosotros conocer esos detalles íntimos y escabrosos acerca de otras personas? ¿por qué nos mueve y nos gusta cuando alguien confiesa, cuando se difunden rumores y se descubre que son verdad? Siempre he detestado esa actitud y rechazo esa idea en mí. «Puro morbo», he pensado siempre. Y por una parte es cierto, en eso es en lo que se ha convertido, pero ¿por qué? ¿De dónde viene esta necesidad? de la sed de lo real, de la falta de lo auténtico, de querer saber qué hay detrás de la fachada, de querer conocer qué esconde la máscara.

La máscara. La máscara es nuestro día a día. Todos conocemos la máscara. E incluso todos conocemos los trucos que existen para que pensemos que no existe tal máscara y que lo que muestras tú, así como los demás, parezca algo real. Tú lo sabes, el otro lo sabe. Sabéis que intentamos engañarnos, pero fingimos que no sabemos. Y al final nos engañamos a nosotros mismos, queriendo pensar que no hemos usado una máscara, que lo que hemos visto no es una máscara. Pero en el fondo lo sabemos. Y en el fondo se queda ese sentimiento, esa falta de verdad, que nos consume y nos deja anhelantes de lo auténtico, de lo real.

Y en ese mundo vivimos, sí. En ese mundo corrompido por la mentira y las apariencias. En ese mundo que hemos creado nosotros mismos. Y muchas veces me pregunto, ¿en qué momento esto empezó a ser así? ¿En qué momento en la historia de la humanidad empezó a estar mal decir que algo está mal? Calla, calla y guárdate todo eso que piensas y sientes (Me cuesta, siento que me consume, ¡que estoy muriendo por dentro!) y haz como si no pasara nada, tú estás bien (No, ¡no lo estoy!), así que sonríe. ¿Ves como todos están bien? (No, no, ¡sé que en realidad no lo están! ¡sé que llevan máscaras!), pues tú también debes estar bien. Debes estar bien (Pero, ¿cómo podría?). Debes ser igual. Usa la máscara. La misma máscara. Sé que te aprieta. Sé que no quieres. Sé que te cuesta respirar con ella puesta. Sé que odias verla reflejada en el espejo. Pero te la pondrás. Sé que te la pondrás. Lo sé porque ya la llevas puesta aunque a veces ni te des cuenta. Lo sé porque no quieres que vean lo que hay debajo. Lo sé porque temes lo que pueda haber debajo. Lo sé porque no quieres estar solo. Lo sé porque sigues aferrado a la imagen que tienen de ti. Y esa imagen es esa máscara. Sigues unido a la máscara. Y ella a ti. Y tú ya eres la máscara. Y la máscara eres tú.

Y ese deseo de lo real que guardas en tu interior ya no encuentra la verdad en ninguna parte porque ya no sabe lo que es real y lo que no, ya no sabe si eres la máscara, o siquiera si hay algo más que no sea máscara. Y ese deseo frustrado te consume por dentro cuando no lo alimentas de la verdad que no encuentras. Ese deseo consume tu

identidad, consume tu ser, consume tu vida.

Y es por eso que no te sientes vivo. Nada que no sea real puede estarlo.

Capítulo 8

Al final siempre llego a la conclusión de que nada de lo que escribo se entiende. Sí, ese es el mar donde van a parar todos mis ríos.

He llegado a un punto de no retorno —eso creo— en el que he sido tremendamente consciente de la importancia de las formas. «Esto hay que escribirlo así. Aquí hay redundancia. Así parece confuso: cámbialo...» Luego me arrepiento e intento desatarme las cadenas que yo misma me he impuesto diciendo para mí: ¡qué más da! Si por mucho que me esfuerce no se va a entender nada. Todo va a parecer un revuelto de ideas sin sentido que no van a ninguna parte. Y es que a veces no sólo lo parece. Considerando, incluso, el caso de que alguien me rebata con pasión «¡Yo lo comprendo, de verdad!», no habrá en mí sentimiento de recompensa alguno. Ni siquiera en caso de que fuera cierto.

Las cadenas, sea como sea, aparecieron para quedarse. Y el dilema de si son o no inevitables y necesarias, me persigue saltando de página en página.

A veces he reflexionado hasta el agotamiento y la respuesta ha sido la siguiente: la formas se cuidan porque uno quiere gustar a los demás, uno quiere vender; en caso contrario, se puede dar rienda suelta al interior sin ningún reparo porque no habrá crítica de ojos ajenos. Sin embargo esta teoría no me ha convencido, ya que hasta cuando escribo con el único fin de dejarlo guardado en la intimidad, sé que en lo más profundo, contemplando cada letra, hay un pequeño juez que analiza, que corrige. Y esto es así sólo por mi propio autoconcepto de tener que hacer algo bien y no mal. Las demás personas no tienen que estar necesariamente involucradas. De hecho, en ese caso, no existen más personas en mi mente: sólo yo y ese pequeño juez casi imperceptible.

¿De dónde has salido, pequeño, si puede saberse? Mientras decido si te quiero o no conmigo, al menos deja de camuflarte en mi tumultuosa materia gris.